

La Novela Film

Núm. 84

30 cts.



Judy of Rogues Harbor, 1920

Cómo se elige un marido
por Mary Miles Minter

Wm. D. TAYLOR

LA NOVELA FILM

Redacción

Lauria, n.º 96

Administración

BARCELONA

AÑO II

N.º 84

CÓMO SE ELIGE UN MARIDO

Finísima comedia americana
interpretada por la gentil

MARY MILES MINTER

To. Judy of Rogers Harbor
1920



EXCLUSIVAS:

JULIO CÉSAR, S. A.

Aragón, 292 - Barcelona



CÓMO SE ELIGE UN MARIDO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

James Baldwin, propietario de una gran hacienda en Arizona, viudo satisfecho y jovial, se resistía a la tentación de su amigo el Gobernador Sandford que deseaba presentarle candidato a senador.

Aquel día se habían reunido en el patio de la hacienda, los principales magnates de la comarca. Todos querían convencer a Baldwin para que aceptase la candidatura.

Judith, la hija de James, amazona intrépida y voluntariosa, espléndida flor de las praderas del Oeste, deseaba también que su padre fuera elegido senador.

—¿Será posible que no podamos persuadirle entre todos?—preguntó Sandford.

—La verdad, no me seduce dejar mi rancho libre y mis vacas montaraces para ingresar en el redil ciudadano.

—¡Vamos, papá, no digas tonterías!—exclamó Judith—. Verás cómo te serán aún más

agradables tus vacas después de pasar dos años entre apacibles senadores. Además, vendremos aquí en vacaciones. ¡Será delicioso!

James dudaba. El no estaba acostumbrado a la vida de la ciudad. ¡Tan bien como se hallaba en el ambiente pacífico de Arizona! ¡Ay! ¡Lo que costaba ser persona importante!

—¿Acepta el señor senador?—dijo uno de los partidarios.

—Ya lo creo que acepta mi valiente papá—contestó Judith, orgullosa de aquel honor que conferían a la familia.

—Pues bien; ya que lo queréis todos... acepto aun contra mi voluntad...

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡El senador Baldwin volverá de Washington cubierto de gloria!

Cundía el entusiasmo. La fiel criada Tonah sirvió copas de vino a todos los presentes. Sólo una nota triste existía en medio de la algazara: Tod Musgrave, cow-boy sin tacha y sin miedo, simpático ahijado de Baldwin y capataz de su rancho.

Este muchacho se había enamorado tiernamente de Judith. Y ahora, al pensar en la inmediata separación, pues Baldwin y su hija marcharían a Washington, no podía ocultar una actitud de desaliento.

Judith se acercó al capataz y le dijo:

—Mi buen Tod, no te apenes... ya te escribiré... Aunque puedes figurarte la vida que me espera allá abajo... Bailes, teatros, elegantes *toilettes*...

—¡Oh, Miss Judith, cuánto la encontraré a faltar!

—¡Bah! Muy pronto te olvidarás de mí.
—No diga eso, señorita. Sólo me consolaré sabiéndola feliz.

Y la miró queriendo expresar con los ojos lo que sus labios no se atrevían a decir. Pero



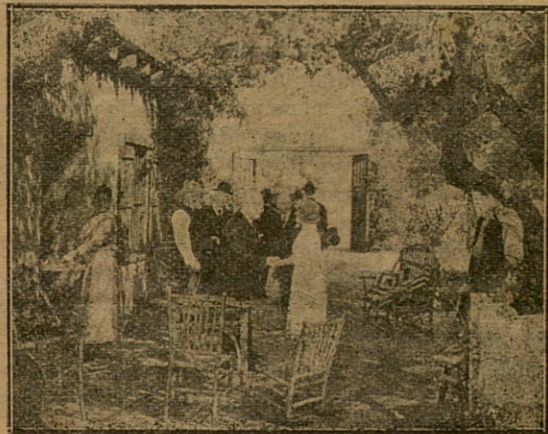
—¡Oh, Miss Judith, cuánto la encontraré a faltar!

ella, distraída, sin otro entusiasmo que el de marchar a la capital, fué a despedirse del gobernador y de los magnates que aseguraban el inmediato y rotundo triunfo.

.

La victoria electoral fué decisiva. Casi sin oposición, James Baldwin fué elegido senador. Y abandonó Arizona para instalarse en Washington con su hija.

Vivían en la lujosa mansión de la tía Rosa, hermana del flamante senador, solterona que padecía la manía de querer casar a los demás.



...ella, distraída, sin otro entusiasmo que el de marchar a la capital, fué a despedirse del gobernador...

La presencia de Baldwin y de la bella Judith hizo que los salones de la casa estuvieran sumamente concurridos. La muchacha se vió bien pronto asediada por dos distinguidos pretendientes: el brillante diputado Horacio Ha-

mill, orador elocuente y lato, al que sólo le faltaba una buena boda para su consagración en la política; y Roberto W. Courtney, un "pollo bien", la crema de las cremas de Washington, que necesitaba casarse por consejo de mamá.

Aquella noche, James se aturdió en aquel ambiente de suntuosidad que reinaba en casa de su hermana. Su Judith repartía amables sonrisas entre los dos jóvenes que se disputaban el honor de su mano.

Entró en el salón la señora Langley, una viuda sensitiva, que acudía todos los años a Washington en la temporada de viudas.

—James—le dijo Rosa—, te presento a la encantadora señora Langley, que acaba de llegar a Washington.

La viuda le pareció a James un plato exquisito, delicioso. Entabló con ella una divertida conversación, durante la cual el senador, con las manos en los bolsillos y riendo desaforadamente, se olvidó de que se hallaba en un salón de rigurosa etiqueta y no entre sus vaqueros de Arizona.

Judith, que no perdía de vista a su padre, le echó una mirada terrible para que moderase sus expansiones. James se reportó inmediatamente. Lo que advertido por la viuda de Langley fué comentado por ella con una sonrisa de inocencia.

—¡Oh, senador!... Su hija le tiene a usted montado a la "alta escuela". ¡Jamás pude yo obtener un resultado tan brillante con mi marido!

—No es extraño, señora. Mi hija, desde su tierna infancia, está acostumbrada a domar toda clase de animales.

La viuda, que ya tenía referencias de la corteza rústica del senador, se dijo a sí misma que no era trabajo difícil cazar a un "parlamentario" de aquella altura.

James seguía entusiasmado la agradable charla de la dama. ¡Aquella mujer podía muy bien sustituir a su difunta!... Y se atrevió a decir, contemplándola con ojos apasionados:

—¿No le parece, querida amiga, que un padre tan bien domesticado como yo podría llegar a ser un marido maravilloso?

—¡Ah, querido senador!... Pero sería cruel someteros a "dos domadoras" a la vez... Hay que casar a su hija.

Y los dos dirigían la vista a Judith, que seguía riendo con los candidatos a su rica mano.

Algunos días después, en otra reunión, el diputado Horacio declaraba a la muchacha el gran amor que le inspiraban sus encantos. Para dar mayor relieve a la declaración, se elogiaba a sí mismo en términos relumbrantes:

—Aunque me esté mal el decirlo, yo soy un deportista integral. La equitación no tiene secretos para mí. Ya me verá usted a caballo. Alguna cosa he enseñado a aquellos cow-boys ignorantes de Cheyenne.

—Me gustará verle...

—Señorita Judith—continuó, dándose importancia—, como hombre de Estado me place llevar mis asuntos activamente. ¿Podría usted contestarme esta noche?

Judith meditaba... No era despreciable aquel partido, pero no acababa de decidirse... No quería contestar, así, de sopetón...

—Esta noche no es posible, Mr. Hamill. Tengo que pensarlo bien. Dejémoslo para el viernes por la noche...

Iba a replicar el diputado cuando se acercó el otro pretendiente, Roberto Courtney, para invitarla a bailar. Ella se colgó de su brazo, dejando a Hamill con una sonrisa prometedora.

Roberto no estaba dispuesto a dejarse arrebatar el amor de Judith. ¡Qué antipático era el diputado, perfecto charlatán, de cabeza hueca e inútil!... Y en términos fogosos declaró su amor a la muchacha.

Judith vacilaba.

—No puedo contestarle todavía.

—¿Y mañana, señorita? ¿Sería usted tan amable que me concediera mañana una respuesta favorable?

—¡No corra usted tanto, amigo mío! Espere el viernes por la noche.

—Es mucho esperar para un enamorado.

—¡Bah! Faltan únicamente tres días.

Judith estaba aturdida. Dos hombres de prestigio en la capital, en una misma noche, le habían declarado su pasión... De Tod Musgrave, el compañero de la niñez que quedó en las praderas, no se acordaba la obsequiada joven.

Entretanto, el senador Baldwin había adelantado un gran paso en su tarea de adueñarse del corazón de la viuda de Langley. Pero

ésta no quería pensar en el matrimonio mientras Judith no estuviese casada.

Llegó el viernes. La muchacha pensaba en la contestación que debía dar por la noche a los dos enamorados.

Había recibido un magnífico *bouquet* de flores del diputado. Y ahora el criado entregaba una gran caja que contenía un precioso ramo



...el criado entregaba una gran caja que contenía un precioso ramo de flores, obsequio de Courtney.

de rosas, obsequio de Courtney. El senador sonreía ante el homenaje que tributaban a su Judith. Le convenía que aquel casamiento fuera una cosa inmediata.

—Figúrate, papá, que tengo dos pretendien-

tes. Mr. Hamill y Mr. Courtney han pedido mi mano.

—¡Oh, adorable, adorable!... Esto me entusiasma...

—Sí, sí, comprendo que te encante esta abundancia de admiradores, pero yo he de decidir esta noche y no sé qué hacer. ¿Qué me aconsejas, papáito?



—Figúrate, papá, que tengo dos pretendientes. Mr. Hamill y Mr. Courtney han pedido mi mano...

El senador quedó perplejo.

—Hija mía... Yo me consideraré muy dichoso con que elijas a cualquiera de los dos.

Lo mismo le daba uno que otro. Lo que quería era su próxima boda.

Judith le miró contrariada.

—¿Es que no quieres casarte, hija mía?— le preguntó el senador, alarmadísimo.

—Tranquilízate, papá; no tardaré en elegir y así podrás complacer a la señora Langley, que desea urgentemente mi felicidad.

—No es eso, Judith... Claro que tengo interés por la señora Langley... Puedo ser feliz todavía, ¿no es verdad? Pero no consentiré que te cases a disgusto—terminó con una sonrisa forzada.

—Ya lo sé... ya lo sé...

Cuando James salió de la habitación, Judith se acercó a Tonah, la fiel sirvienta, que cosía sentada en un rincón.

—¡Ay, Tonah, qué desgraciada soy!... ¡Me han cambiado a papá! ¡Ya no me ama! Desea desembarazarse de mí para casarse con la señora Langley.

—Sí, niña mía. Debíramos marcharnos—contestó la vieja estrechándola en sus brazos—. Washington no es bueno para nosotras... Arizona es mejor.

Aquella misma tarde llegó Tod Musgrave a Washington. Tenía que tratar con James Baldwin de varios asuntos relacionados con la hacienda. Y además quería saber noticias de Judith, la muchachita querida.

Fué recibido muy cordialmente por todos... Judith le saludó con cariño, pero de un modo

superficial y ligero. Se adivinaba que Tod significaba para ella muy poca cosa. Toda su atención era para los dos pretendientes que aquella noche exigirían la respuesta.

Y Tod encontró únicamente ternuras en la fiel sirvienta, Tonah, y los dos hablaron de la lejana Arizona, tan amada y bella...

Llegó la noche... El diputado paseaba con Judith por el jardín, esperando la anhelada contestación.

Tod, desde la terraza, contempló a la pareja y sus ojos parecieron interrogar a James, que le miraba alegremente.

—Mi querido Tod, este señor es uno de los diputados más influyentes del país, futuro senador, quizás futuro presidente, quizás mi futuro yerno...

Palideció el joven. La sorpresa se retrató en su cara.

—¿Te admiras?... Pues, sí... él o tal vez Roberto Courtney, el pollo más *chic* de Wáshington. ¿Qué te parece? Creo que no está mal para la hija de un vaquero como yo..., ¿verdad?

¡Pobre Tod Musgrave! ¡Y él que alimentó ciertas ilusiones en otro tiempo! ¡Al fin y al cabo era un ranchero, un hombre del campo! Y Judith sería para uno de aquellos señoritos, modelos de elegancia y presunción...

Entretanto, sentados en un banco del jardín, Hamill y Judith sostenían una charla muy interesante. El diputado continuaba la interminable exposición de sus méritos...

—Si supiera usted, Miss Baldwin, lo enojoso que es para mí tener que elogiarme yo mis-

mo; pero yo... mi posición, mi elocuencia... mi elegancia...

—Sí, sí. No diga usted más, Mr. Hamill. Reconozco todos sus méritos; es usted un hombre encantador, gran jinete, pero hay en la vida cualidades, hábitos domésticos, menos brillantes, que conviene conocer.

Judith, sin el consentimiento de papá, había forjado un atrevido plan. Quería conocer si era digno de ella el marido que escogería.

—Señorita Judith... creo que yo... con lo que he explicado basta...

—Permítame...—atajó la muchacha—, un marido es como un traje nuevo; es necesario probarlo...

—La comparación me parece algo atrevida—contestó el flamante joven.

—Es que no me ha comprendido usted bien. Ya le explicaré... Mi tía Rosa posee una casita de campo en los alrededores. Yo me instalaré allí por unos días...

Horacio la miraba con extrañeza. Pero ella, gozándose en su asombro, continuó:

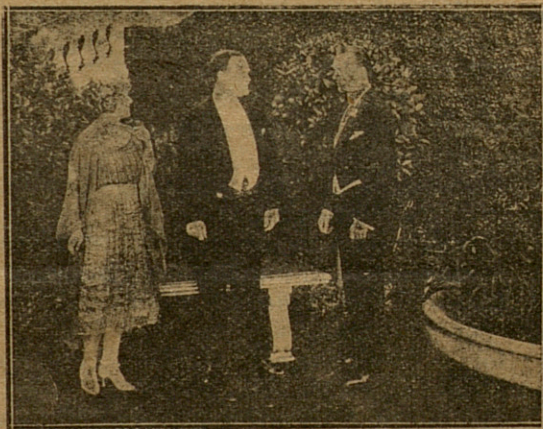
—Le espero allá mañana por la tarde y pasaremos juntos en el campo un par de días para poder tratarnos y conocernos bien. ¿Qué le parece? El sábado y el domingo...

Horacio aceptó de muy buena gana. No era poca cosa lo que tan tranquilamente proponía Judith. Pero en aquel momento se acercó a ellos Roberto Courtney. El "pollo bien" acababa de saludar a su "posible suegro", el senador James Baldwin, y a Tod Musgrave, el "encargado de la hacienda de Arizona". ¡Si

podía emparentar él con aquella familia, habría labrado su fortuna!

Contempló al diputado con actitud desafiadora. Hamill y Judith se levantaron y los dos hombres iniciaron un diálogo con los ojos que parecían relampaguear de antipatía.

La muchacha, sin perder la serenidad ante la presencia del otro enamorado, dijo a Ha-



Contempló al diputado con actitud desafiadora.

mill:

—¿Convenidos, eh?... Y ahora... desearía hablar un momento con el señor...

Horacio comprendió y, saludando con una gran inclinación a Judith, se alejó con orgu-

llo de vencedor. ¡Pobre Roberto! ¡Las calabazas que iba a darle la joven!

Cuando entró en la casa, fué al encuentro de Baldwin y dijo:

—¡Senador! Felicíteme usted... Su hija me acepta...

James, que sentía la misma indiferencia por cualquiera de los dos enamorados, le felicitó muy cordialmente. ¡Por fin! ¡Ya podría casarse con la viuda de Langley!

En el jardín, Roberto aguardaba anhelante la contestación de Judith:

—Espero, señorita, que no habrá usted olvidado su promesa.

La muchacha, con los ojos mirando al cielo, le respondió:

—¡Oh, cuán bella es la luna! ¡Qué embalsamada está la noche! ¿Ama usted la Naturaleza? Yo le invito a una deliciosa partida de campo.

Y con todo entusiasmo, le repitió la misma proposición que poco antes había hecho a Hamill. Y a pasar con ella un par de días a fin de tratarse y conocerse.

—¡Magnífica idea!—contestó Roberto—. Esto me permitirá desvanecer todas sus dudas sobre mis hábitos sociales y domésticos.

—Entendidos, ¿verdad?... Del lunes al miércoles...

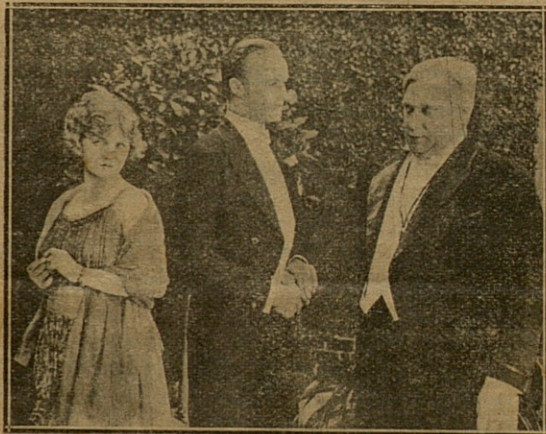
El senador salió a dar una vuelta por el jardín. ¡Oh, aquello iba divinamente! El próximo casamiento de su hija con el diputado traería aparejada su boda con la elegante viuda.

Iba ensimismado en sus pensamientos cuando topóse con su hija y Roberto, que platicaban sentados en un banco.

El muchacho, al ver a su futuro suegro, le sonrió:

—¡Mi querido senador! ¡Su hija me ha aceptado a mí!...

James quedó estupefacto. ¿No acababa de



—¡Mi querido senador! ¡Su hija me ha aceptado a mí!

decirle Hamill que era él el favorecido? ¿Pues entonces?... Pero hombre acostumbrado a no crear obstáculos en ningún asunto, prefirió callarse, esperando los acontecimientos. Estaba dominado por su hija... Tenía gran confianza en ella. Y se limitó a felicitar a Roberto con

la misma efusión que lo había hecho con el otro.

Al siguiente día, Judith, con la nodriza Tonah, se dirigió a la casita de campo de tía Rosa. Estaría allí cuatro días; dos dedicados a Hamill, los últimos a Roberto. Durante este tiempo observaría el carácter y el modo de ser de sus amigos.

—La cosa es seria, Tonah. Se trata nada menos que de saber qué marido me conviene.

Consultó un carnet de notas en que acababa de apuntar:

Cualidades:

- 1.^a Corazón.
- 2.^a Talento.
- 3.^a Carácter.

Defectos:

- 1.^o ¿Es bebedor?
- 2.^o ¿Es fumador?
- 3.^o ¿Es jugador?
- 4.^o ¿Es galanteador?
- 5.^o ¿Ronca cuando duerme? (Porque esto del ronquido es muy importante.)

Iría apuntando las ventajas e inconvenientes de los dos enamorados.

• • •

A primeras horas de la tarde del sábado, se presentó en la casa Mr. Hamill, deseoso de lucir su talento ante su futura esposa.

Con una pasmosa tranquilidad pretendió abrazarla, pero Judith le apartó.

—Esto no es un matrimonio—le explicó—, sino un experimento...

—Bien, señorita... Pero estoy seguro de que acabará en matrimonio...

—Sus méritos han de decirlo. Deje usted ahora que Tonah ponga su equipaje en su habitación y mientras tanto iremos a dar un paseito a caballo de esos que hacen las delicias



—*Esto no es un matrimonio, sino un experimento.*

de usted.

El ilustre parlamentario se volvió lívido. Para rodearse de importancia, había sentado plaza de jinete consumado, pero lo cierto era que tenía un miedo cerval a la equitación.

—¡Oh, señorita!—dijo intentando disuadir-

la—. Comprenda usted que con este traje...

—El traje es lo de menos. Un buen jinete no necesita trajes de montar. Va usted muy bien así.

Horacio vió perfilarse ante él la silueta del ridículo. Llevaba una porción de años sin montar a caballo. ¡Mal comenzaba la jornada!

El resultado no pudo ser más lamentable. El animal, fiero y bravío, alborotóse rechinando furiosamente. Horacio sudaba tinta. Judith se dió cuenta de que el diputado desconocía las más elementales reglas de la equitación. Pero se complació en atormentarle:

—No será a usted muy agradable galopar con una pobre aficionada como yo, pero estoy deseando aprender esas maravillas que usted enseñó a los cow-boys de Chayenne...

Emprendieron los dos un violento galope. Judith, experta amazona manejaba perfectamente al animal domándolo con un movimiento de las riendas. Pero el pobre Horacio bailaba sobre su silla y rogaba a todos los Santos del cielo que la caída inminente no fuera mortal... Y la Providencia se apiadó de él... Sin freno ni gobierno, la bestia lo derribó al sumergirse en el río.

Salió el pobre Horacio calado hasta los huesos y echando sapos y culebras. Judith corrió en su auxilio, riendo alborozada y graciosa.

—No se apure usted. Percances como este ocurren a los mejores jinetes.

—En mi vida me ocurrió algo semejante, señorita—dijo, intentando disculpar lo que no tenía remedio.

—¡Ah!... ¿Ni cuando enseñaba usted a los cow-boys de Cheyenne?

Hamill no supo qué contestar. Como el caballo de Horacio había huído, Judith, compadecida de la situación del pobre diputado, le dijo:

—Vaya, tranquilícese usted, *maestro*... Animo, que no estamos lejos y agárrese bien, que yo le daré remolque...

Y el pobre Horacio tuvo que montar a la grupa del caballo de Judith, que ella dominaba con sus manos hábiles y nerviosas. De tan ridícula manera terminó la primera exhibición de sus méritos.

Y mientras la hija hacía sus experimentos para la elección de marido, el padre aceleraba en Wáshington su matrimonio.

La desaparición de Judith había alarmado sobremanera a tía Rosa y a Tod Musgrave que frecuentaba la casa. Pero Baldwin reía, confiando en que su hija no daría nunca un paso en falso... Y además, toda su preocupación era la viuda Langley.

—¿A qué esperar más, amor mío?—decía a su deliciosa viudita—. Judith parece haber salido de excursión campestre con su prometido. (Uno de los prometidos, no sabía cuál.) Todo está preparado para nuestra felicidad...

—¡Oh, Baldwin, se acerca el momento de nuestra dicha!

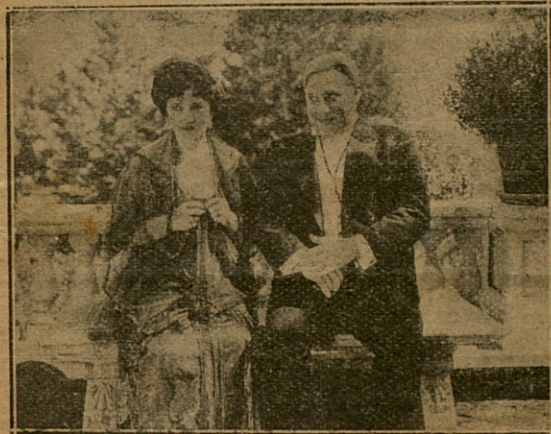
—Mañana por la mañana podríamos ir a esconder nuestra ventura en un nidito cercano. Una casita de mi hermana Rosa. ¿Qué te parece?

—¡Encantada, James! Todo lo que tú haces me parece admirable.

El senador llamó a un criado y ordenó:

—Prepara en seguida mi maleta y si alguien pregunta por mí, dices que me he marchado al Congo... Que no me conoces... ¡Ni una palabra a nadie!

Sin grandes incidentes, terminó el día en la



—Mañana por la mañana podríamos ir a esconder nuestra ventura en un nidito cercano. Una casita de mi hermana Rosa. ¿Qué te parece?

casa de campo de tía Rosa. Hamill iba cayendo cada vez más en el ridículo. Decididamente no era el hombre a propósito para un carácter como Judith.

Después de comer frente al hogar encendido, Hamill dijo a su Judith:

—¡Cuánto pienso en la innumerables veladas que pasaremos así!

Ella, que se aburría soberanamente, contestó:

—Es verdad, no había caído en ello...

—¿Ha leído usted lo que trae ese periódico? Tenga.

Judith leyó lo siguiente:

El ilustre ciudadano Horacio Hamill, brillante diputado por Ohio, acaba de pronunciar en el Congreso un sensacional discurso sobre el artículo 10 de la ley de prohibición de la bebida. Dice así...

El diputado, satisfecho de poder lucir alguna vez su talento, agregó:

—Para que aprecie los matices de este género de elocuencia, voy a leerle mi discurso.

—¡Por Dios!, Mr. Hamill—contestó la muchacha horrorizada—, si continuó luchando contra el sueño me atacará la jaqueca... Otro día...

—Perdone usted. Pero la felicidad del matrimonio está basada en mutuas concesiones... Yo he montado a caballo para complacer a usted... y usted debe escuchar mi elocuente parlamento.

—Bueno. Como usted quiera...

Y Hamill comenzó con voz monótona a leer las apretadas columnas del periódico. Judith quedó dormida.

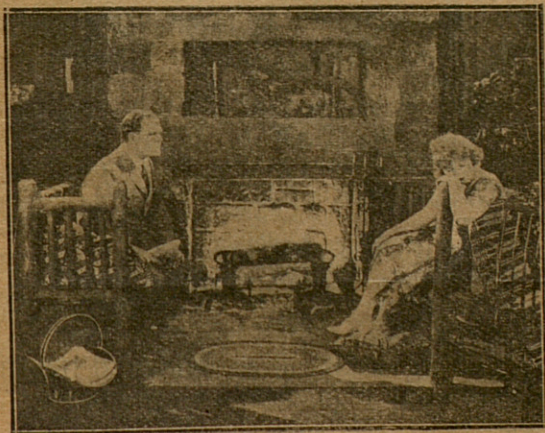
—Pero, Judith... Judith... ¿se duerme us-

ted?—preguntó bastante amoscado el ilustre político.

Ella despertó.

—No... No... Pero... decididamente, Mr. Hamill, ¿no le parece que usted y yo haríamos una pareja lamentable?

—¿Por qué dice usted esto? ¿Es que no le convencen mis innegables méritos?



—Pero, Judith... Judith... ¿se duerme usted?

—No es eso... pero... buenas noches, Hamill, hasta mañana. Necesito reposo.

Y se despidió deseosa de encerrarse en su cuarto y dormir. El diputado movió la cabeza y se dijo que aquello no iba tan bien como creyó antes de comenzar.

En Wáshington, Tod Musgrave, advertido de la desaparición de Hamill, envió a casa de éste un mensaje concebido así:

Ignorando dónde se encuentra usted, envío este mensaje a su casa para que se lo reexpidan. Sospecho raptó Judith y espero explicación telefónica casa senador Baldwin antes de desafiarme. Tod Musgrave.

Cuando volvió a casa de la hermana del senador se encontró con la desagradable sorpresa de que James Baldwin había asimismo desaparecido.

—¡Es curioso!—le explicó Rosa—. También ha desaparecido la señora Langley. Acabo de telefonear a su casa... Probablemente se habrán ido a pasar la luna de miel a la casita de campo...

A estas palabras, Tod pensó que muy bien en la misma casita de campo podían haberse refugiado Judith y Hamill. Y levantándose con decisión, exclamó:

—¡Ah, ya caigo! Voy corriendo... Si Hamill telefonea, dígame usted que nos veremos las caras...

¡Oh! ¡Cómo deseaba pegar al miserable que había raptado a Judith! ¡Pobre de él si lo encontraba!

En la casa de campo, a la mañana siguiente, Hamill recibió el amenazador mensaje de Musgrave, cuando se disponía a desayunar. ¡Ay! ¡Aquello se complicaba! Sólo había visto una vez a Tod, pero le pareció hombre terrible y capaz de todo. Así, se dispuso a telefonear para calmar su excitado ánimo.

—Voy un momento a telefonear, amiga mía —le dijo a Judith—, y regreso en seguida para desayunar en su amable compañía.

Salió de la casa, creyendo encontrar el *auto* del recadero para dirigirse a la Oficina de teléfonos. Pero como el mensajero iba montado a caballo, Horacio prefirió ir a pie, recordando las tristes aventuras del día anterior.

Cuando llegó al puesto telefónico más inmediato, llamó a la casa del senador Baldwin. Quería hablar con Tod.

—¡Oh!—exclamó sorprendido—. ¿Dice usted que Tod Musgrave se ha marchado?... ¿Y también el senador? ¡Demonio!...

El conflicto era grave. ¿Qué iban a creer aquellas gentes? Era muy capaz Tod de cometer alguna barbaridad...

Y pensó que lo mejor era regresar a la casa de campo y esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Iban a ocurrir allí pronto cosas peregrinas. Roberto Courtney había leído en el periódico esta gacetilla que le dejó asombrado:

Se susurra el próximo enlace de Miss Judith Baldwin, encantadora hija de nuestro simpático senador, con Mr. Hamill, el joven y brillante diputado por Ohio. Según parece, la feliz pareja prepara discretamente su nido en una deliciosa quinta de los alrededores.

Tan sensacional noticia le obligó a adelantar de 24 horas la excursión proyectada. ¿Sería verdad aquello? ¿Le estarían engañando estúpidamente? Lo mejor era encaminarse a la fin-

ca antes del tiempo convenido y ver por sus propios ojos lo que pasaba.

Judith le recibió con la mayor estupefacción, preguntándose qué ocurriría allí cuando Hamill regresara de telefonar. También Roberto se sorprendió al ver a la muchacha, lo que corroboraba sus sospechas. Pero, con el mayor disimulo, explicó:

—He traído algunas cositas, adelantándome, para hacer nuestra “entrevista de mañana”, más agradable.

Y ella, para disculpar su presencia, le dijo:

—Pues por la misma razón yo también me encuentro aquí...

Entraron en el comedor. Otro conflicto. Había dos cubiertos en la mesa, lo que llamó poderosamente la atención de Roberto. Judith, comprendiendo que aquello podía comprometerle, dijo cuando la sirvienta Tonah entró en la estancia:

—Tú debes ser adivina, Tonah, porque veo que has puesto dos cubiertos a la mesa...

—Yo... ¡Ah! sí... señora... Sospechaba que vendría el señorito...—respondió advertida por una mirada de la joven.

A Roberto no le cabía la menor duda de que allí había gato encerrado. Una pipa sobre la chimenea, húmeda todavía de tabaco fresco, aumentó sus dudas. ¿Sería verdad lo que publicaba el periódico?

Judith estaba nerviosa. Pensaba en la inmediata entrevista de los dos rivales. ¿Qué excusa daría ella?... Habiendo dejado a Roberto,

buscaba con la buena Tonah una solución a aquel fantástico enredo.

El joven penetró en el cuarto que le habían destinado y su asombro creció extraordinariamente al descubrir las ropas en la maleta abierta del diputado. Ya no había la menor duda. Salió de la habitación para obligar a Judith a que le confesase la verdad.

Pero... acababa de entrar en la casa el flamante senador y la viuda Langley que pensaban ocultar allí su dicha, olvidando que ya se les habían adelantado. Judith y la sirvienta se encontraban en otra sala. Roberto, al ver al “futuro suegro”, creyó desmayarse.

—¡Hombre! ¡Es Courtney! ¿Qué hace usted aquí?—preguntó no menos asombrado el senador.

—¡Oh, mi querido Mr. Baldwin!... Pásaba por aquí por casualidad y he entrado en este “chalet” tan lindo, para preguntar si estaba en venta...—dijo con voz entrecortada por el espanto.

—¡Qué coincidencia!

Judith apareció en la habitación y, al reconocer a su padre, no menos extrañada, pero sin perder la serenidad, le abrazó:

—¡Papá!... ¡Y usted señora Langley!... ¿Cómo por aquí?... ¡Ah, ya comprendo!... Mi felicitación a los jóvenes esposos...

—Gracias, gracias, hijita... Pero... ¿me quieres hacer el favor de explicarme qué haces tú aquí?

—Papaíto, ¿no comprendes que si me he escapado de casa ha sido para facilitar tu boda?

—¡Ah! muy bien, hijita mía... Pero... ¿qué diablos hace aquí Courtney?

El muchacho iba a responder, cuando Judith explicó:

—Mr. Courtney había prometido traerme algunas cosas para mi comodidad y distracción...

La viuda Langley intervino con una sonri-



—Papá, ¿no comprendes que si me he escapado de casa, ha sido para facilitar tu boda?

sa de indulgencia:

—Querido James... ¿Pero no ves que Judith y Mr. Courtney se disponen también a organizar su luna de miel?

El senador acogió aquellas palabras con

gesto de benevolencia. ¡Caramba! Lo que le convenía a él era que Judith se casase. ¿Qué más le daba Hamill que Roberto?

—Con permiso de ustedes voy a quitarme el polvo del camino—dijo la futura esposa del senador—. Y se encaminó a la habitación donde antes Tonah había entrado su equipaje. La acompañaba Judith.

El senador y Roberto quedaron solos. Pero se abrió la puerta y apareció Tod Musgrave que venía a enterarse por sus propios ojos de aquellas desapariciones misteriosas.

—¡Ah! ¡Demonio! ¿Usted aquí, Mr. Baldwin?... Y Judith, ¿se sabe algo de ella?

James sonreía.

—Este muchacho te dirá. El es el novio de Judith, el vencedor del *campeonato*.

Pero Roberto no quería que continuase el equívoco.

—Perdone usted, Mr. Baldwin—dijo—; está usted equivocado. Le juro que no soy el marido, ni siquiera el novio de su hija...

—Entonces... ¿a qué ha venido usted aquí? ¿A comprometer el honor de una señorita?...

—Lea usted.

Y el senador y Tod leyeron la gacetilla que hablaba del próximo enlace de Judith con Mr. Hamill. Y de que se habían ocultado en una quinta cercana.

—¿Dónde está, pues, Mr. Hamill?—rugió Tod—. ¡Oh! ¡Qué deseos tengo de encontrar a ese hombre!

—Ignoro dónde estará su persona, pero su ropa está allí acusando su culpable presencia.

Fueron a la habitación donde Roberto había visto la maleta de Hamill. Pero había desaparecido. La viuda de Langley, enterada por algunas palabras de Judith de lo que pasaba, la había ocultado, lo que Judith le agradeció en el alma.

La presencia de Tod pareció recordar a la muchacha su existencia pasada en Arizona y los tiempos de la niñez vividos con aquel muchacho. ¡Oh! ¡Aquellos dos pretendientes que la querían, no tenían el temple varonil y el alma brava de Tod!

Hamill entró en la casa, pensando contar a Judith sus temores de que fuesen a buscarles.

Su sorpresa no reconoció límites cuando se encontró aquel grupo de personas. Pero ¿qué pasaba allí?...

—¡Ah! ¿es usted Mr. Hamill?—dijo Tod con gran energía—. Llegó usted a tiempo. Le ordeno me explique qué significa su estancia aquí durante la última noche.

—Oiga usted... cow-boy—respondió el diputado, revistiéndose de valor—. ¿Usted sabe que tiene el honor de hablar con un miembro del Congreso?

—A propósito de miembros, si usted quiere conservar la integridad de los suyos, explíqueme inmediatamente esta aventura...

El diputado dirigió la vista suplicante a Judith que meditaba lo que debía hacer...

Tod exigía una satisfacción inmediata. No podía quedar de aquel modo, el honor de una señorita, tan honrada como Judith.

Pero la propia muchacha se encargó de desvanecer el equívoco...

—La falta ha sido mía—confesó—. Yo he invitado separadamente a estos dos señores para estudiar sus caracteres... ¡Es tan difícil elegir marido!

Hamill y Courtney se miraron con destellos de odio...

—Pero ahora—continuó—me he convencido de que ninguno haría mi felicidad.

—Señorita, si yo... acabo de llegar... Tal vez...—dijo Roberto.

Pero ella le volvió con gesto desdenoso la espalda y fué a hablar reservadamente con Tod.

El muchacho quería disculparse.

—Yo creí su reputación en peligro y por eso vine... Perdóneme...

—Gracias, mi buen Tod — contestó Judith, mirándole muy tiernamente—; pero yo creo que no ha sido sólo el cumplimiento del deber lo que te ha hecho venir en mi auxilio, ¿verdad?

Y en sus miradas brilló una luz de amor...

Entretanto, los periodistas habían logrado descubrir el nido donde se ocultaban los enamorados, y su éxito fué doble al impresionar los elisés de Baldwin y la encantadora viuda y los de Judith y Tod, que sentían que el ca-

riño de la infancia tomaba en ellos forma de realidad amorosa...

Roberto y Horacio, cabizbajos, unidos en el mismo dolor, tuvieron que regresar a Washington sin la menor esperanza...

Y quedó demostrado que el marido no se elige... sino que se pesca el día menos pensado... porque si hubiera tiempo de elegir... ¡qué pocas enhorabuenas habríamos de dar!

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

PRÓXIMO NÚMERO

La novela anunciada en el n.º 83

LO QUE PUEDE UNA MUJER

por

ELEANOR BOARDMAN y MATT MOORE

32 Páginas

10 Fotografías

Precio 30 céntimos

COMPRE VD. HOY LA REVISTA

AYER Y HOY

